

LIBRO III

LOS PADRES DE SAN FRANCISCO



Capítulo I

La familia de Gonzalo

EN una habitación de una casa de la que entonces se llamaba *calle que vá á Ixtapalapa* y al presente da principio con la de Flamencos, hallábanse reunidos la noche en que tuvieron principio los incidentes que vamos á referir tres personajes de nosotros conocidos.

Erá el uno, el joven Gonzalo de Alva, el segundo su esposa, María, la antigua Xochilt, y el tercero D. Luís de Alva, padre del primero.

Una bujía de cera en un candelero de plata esparcía su amarillenta luz sobre el limpio y blanco mantel que cubría una mesa bien provista de buenos manjares, para una muy regular colación.

Gonzalo ocupaba un siñal de ancho respaldo y asiento de cuero claveteado, y á sus piés, y sentada en un esca-bel de poca altura, María apoyaba ambos codos en las rodillas de su marido y con su barba entre sus manos

miraba con amoroso deleite el rostro feliz del mancebo que sonreía al verla con no menor agrado.

El venturoso grupo se había colocado próximo al saliente de una puerta que se abría sobre un amplio corredor por cuyas columnas de piedra trepaban las enredaderas que nacían á su pié en el pequeño y solícitamente cuidado jardín.

En el corredor y sentado bajo los pabellones de las enredaderas, D. Luis limpiaba una flexible hoja toledana que brillaba como cinta de plata á los reflejos de una luna en creciente, de transparente claridad.

Gonzalo vestía rica ropilla y gregüescos de terciopelo carmesí, acuchillado de raso blanco, y altas botas de ante subianle hasta cubrir casi por completo los muslos: sobre su rica golilla de encaje, de un tamaño nada exagerado y de rizados canelones, se destacaban su hermosa cabeza y varonil rostro, siendo sus ojos por grandes y expresivos su mayor y más legítimo ornato.

Maria, cuyo retrato hemos hecho en anteriores páginas, vestía una luenga falda de merino blanco, con delantal de raso del mismo color, bordado, como el peto, de canutillo de plata. Con cordones de plata también estaban tejidas sus espléndidas trenzas negras que continuaba usando sueltas como cuando la conocimos á la puerta de su casa de Coyoacán. Sólo sus piés no calzaban ya el cómodo cacle y se dejaban sin dificultad aprisionar en pequeños zapatos bajos de raso, también blancos y bordados también de plata. Asomando bajo el extremo de la falda parecían dos capullos de azucena antes de abrir sus hojas.

Don Luis vestía un completo traje de soldado sin adorno de ninguna especie; en caso preciso sobre él pudiera

haberse cubierto con la acerada armadura que ocupaba uno de los ángulos de la sala-comedor.

Absorto en su entretenimiento de pulir la espada ninguna atención prestaba al diálogo que sus hijos mantenían á media voz y embriagados de pasión.

—¡Qué hermosa eres, María!—exclamó con transporte el joven.

—Mucho es sin duda lo que amas,—contestó rebosando gozo su esposa.

—¡Oh! si, te amo mucho.

—Lo creo, puesto que me encuentras hermosa.

—Di antes bien que porque lo eres te amo.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—¿Cómo me has de encontrar hermosa tú que has nacido en esas tierras que son patria de esas encantadoras mujeres que iluminan con el fulgor de su sobrenatural belleza estas regiones á que han llegado hace poco?

—¿Qué tienen ellas que tú no les aventajes?

—Si eso me preguntas creeré que pretendes engañarme.

—¿Engañarte? ¿en qué?

—¿Cómo podrás convencerme de que tú no las hallas más hermosas que yo?

—Muy fácilmente, María.

—¿Cómo?

—Preguntándote ¿por qué, si ellas son más hermosas que tú, yo no las amo á ellas y sí te amo á tí y con todo corazón?

Maria sonrió con femenil vanidad.

La hisonja del joven era en efecto un ramillete de galantería.

Y no sabiendo cómo contestar á Gonzalo eludió el compromiso preguntando á su vez:

—¿Y acaso sé yo que me amas?

—¿Te atreverás á dudarlo?

—Por qué no podría dudarlo?—observó María buscando en las preguntas de su marido salida al laberinto en que se encontraba;— dí, Gonzalo ¿por qué no podría dudarlo? ¿cómo sabes que no lo dudo?

—Porque si lo dudaras, María, habrías ya muerto de dolor.

—¿Porqué lo crees?

—¿Por qué he de creerlo sinó porque sé que me amas?

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque si no me amases yo moriría de dolor;—respondió Gonzalo con un entusiasmo no menor que aquel con que María le escuchaba.

D. Luis, como saliendo de su abstracción, dejó de bruñir la hoja toledana, y dirigiéndose á los jóvenes, y sin moverse de su lugar, les dijo:

—Sin duda sois uno y otro perfectísimos amantes, porque ¡vive Dios! que repetís cual ningunos una sola y única canción, sin cansaros de la absoluta falta de variedad.

Los jóvenes volviéronse sonrientes hácia el anciano, y María le dijo con filial ternura y graciosa picardía:

—Eso que dices, padre, ¿lo sabes acaso por experiencia?

—Te entiendo, rapaza, te entiendo. Quieres saber si amé como á tí te aman, á la madre de Gonzalo. ¡Vive Dios! que la amé como á la misma bondad con que siempre me ha visto el cielo, en medio de los mayores

desastres! Era, ¡Dios la tenga en su gloria! morena como tú, y como cuentan que eran las vírgenes preferidas de Salomón. Su corazón, que todo era fuego, sin duda la había tostado el cutis, más suave que la piel de las gacelas y el plumaje de vuestros colibrís. Tenía mi Elvira ¡que la paz de Dios haya! lo mismo que tú tienes, un alma más limpia y más grande que es grande y limpio el cielo azul: á esto que en cristiano se llama la virtud, es á lo que ella debía su mayor belleza y esta es también tu belleza mejor. Y esto es cuanto tengo que decir, y en verdad no es poco, pues con ella te he comparado, por que á la verdad, hija mía lo mereces.

Y esto diciendo D. Luis volvió á su ocupación de bruñir la espada como queriendo cortar la plática.

María nada encontró que responder, pero levantándose del escabel y yendo hácia el anciano le tomó con ambas manos la cabeza y besó reconocida sus limpias y plateadas canas.

—¡Qué hermosa es!—exclamó sin ocultar su emoción, —la familia cristiana! Benditos vosotros que la formáis en torno mio; bendito el Dios y la Virgen que me han permitido conocer esa familia! Vivir en ella es verdadera vida, y á esa vida he nacido del seno de vuestro amor! ¡Bendita religión la vuestra cuya cuna es la familia de Nazareth! Hace pocos años que yo no conocía más familia que aquella en que el padre y el marido eran unos tiranos y una humilde sierva la mujer. Vosotros me habéis enseñado que en la familia cristiana la mujer, como hija y como esposa, es vuestra igual en derechos y vuestra reina por el amor y por la virtud!

—¡Hola! ¡hola! oigan y cómo se explica; ni más ni menos

parece que doctora en Salamanca; ¿quién te ha enseñado todo eso, muchacha?

—En primer lugar mi propio corazón, que merece sin duda el bien de que disfruta, pues acierta á comprenderlo. En segundo...

—Sí, ya; en segundo el inocentón de tu marido: ¿no es cierto?

—Pudiera serlo, pues en su amor me inspiro; pero no lo es.

—También sin dificultad lo creo: á lo que parece mi buen hijo sólo sabe que te quiere con todo su corazón.

—En verdad, padre mío, que dices la verdad.

—¿No lo dije? pero esto no hace al caso, sino el saber quién enseña á doctora á tu María.

—¿Deseas saberlo?

—Me parece que sí, va de tres que lo pregunto.

—Pues bien, esto y todo lo que de bueno existe en mí, me lo ha enseñado el padre Fray Bartolomé de Omedo.

—Dios nos conserve muchos años al buen fraile mercenario, como nos le conservó durante toda la conquista, en la cual no pocos peligros corrió por sustituir el culto de la cruz al culto de los ídolos.

—Por supuesto que en su tarea le habrá ayudado el clérigo licenciado D. Juan Díaz, compañero también de Cortés.

—Apenas le conozco,—contestó María,—y además no anda por México.

—¿Por dónde entonces?

—Dicen que por Quechula, no lejos de Tepeaca, convirtiéndose naturales.

—¿Dios le saque con bien!

—Sin duda que así lo hará, padre mío: Dios no puede por menos de ver con toda su bondad á estos santos varones que están siendo la providencia de mis infelices compatriotas.

—La verdad es,—observó sentenciosamente D. Luis,—que muy de su mano debe Dios de tenerlos para que al fin y al cabo no vengan á matarlos los encomenderos.

—Padre mío,—dijo á su vez Gonzalo, cuyo noble rostro tomó una enérgica expresión de cólera y disgusto,—temo otro tanto que tú temes, y por Dios y su santa Madre, que la indignación no cabe dentro del pecho. ¡Malditas encomiendas y malditos repartimientos! Quienes los han obtenido, atentos sólo á sacar el mayor provecho y á explotar la tierra, tratan á los indios como esclavos y tiénelos en condición de tales. De nada han servido los despachos del emperador D. Carlos V anulando los repartimientos y dando libres á los mexicanos: la avaricia de los que de ellos disfrutaban ha prevalecido sobre tan justa y humanitaria determinación, y D. Hernando se ha visto precisado á sobreeser en este punto y á informar al rey de los inconvenientes que en él se suponen. Y por Dios que es infamia la que cometen, y si el trato brutal que á los indios dan no se remedia, despoblados van á dejar estos reinos. Porque así lo dicen á cuantos quieren oírlos, y porque de impedirlo tratan estos buenos frailes, son por todo el mundo odiados y se les acusa de que privan á los conquistadores del beneficio que con su espada tienen ganado.

A este punto de su discurso llegaba D. Gonzalo cuando al extremo del corredor se presentó un nuevo personaje que adelantándose dijo:

—Hablas, buen Gonzalo, como quien eres, noble y enérgicamente; pero guárdate de que el eco de tus palabras llegue á oídos de aquellos á quienes atacas, porque los conozco bien, no te dejarían sin respuesta.

Capítulo II

Después de la colación

Huel recién llegado se inclinó respetuosamente ante don Luis, saludó galantemente á María y tendió los brazos á Gonzalo, quien le estrechó afectuosamente entre los suyos, diciéndole:

—Seas bien venido, Alvaro, creí que ibas á dejarnos esperando en vano.

—Disculpadme, porque os lo juro, mi tardanza ha sido ajena en un todo de mi voluntad y de mi conveniencia.

—¿De tu conveniencia?

—Es claro,—contestó galantemente D. Alvaro,—puesto que mi conveniencia y mi gusto y mi placer de esta noche, consisten en pasarla al lado vuestro.

—Tú siempre el mismo,—observó lisonjeado Gonzalo.

—Qué quieres, si uno tomase las cosas á lo serio, habría para dejarse morir de desesperación. Pero... la mesa está puesta, según veo, y no es bueno hacer esperar. Cenemos, puesto que sólo á mi esperabais, y tiempo habrá para referiros de sobremesa mis cuitas.

Hizose así como Alvaro acababa de proponerlo, y los sirvientes de Gonzalo pusieron la cena.

D. Luis bendijo, como buen cristiano, los manjares, que sin duda eran buenos, pues invitado é invitadores hicieron los honores con el más envidiable apetito.

—Con que veamos,—dijo D. Luis después que en una breve oración los comensales hubieron dado gracias á Dios por haberles dado el pan de aquel día,—¿qué cuitas son esas que con ellas habria para dejarse morir de desesperación?

—¿Cuáles han de ser, mi buen D. Luis de Alva, sino las del amor? ¿En qué otra cosa se piensa á mis años, en tiempo de paz?

—Pues D. Alvaro, esos males los cura el cura.

—Cierto, cuando los suegros lo consenten; pero en este caso, el suegro está cual ninguno á que mi enfermedad no tenga cura.

—¿Pero porqué se opone?

—¿Lo sé yo acaso? Soy joven, y á la vista está; soy rico, lo dicen mis rentas que á nadie oculto; soy de regular nobleza, mi apellido lo atestigua; valiente, mis cicatrices lo acreditan; no soy feo, y lo podría decir esta señora, si tú Gonzalo no te encelas y ella gusta hablar con franqueza.

Esto estuvo dicho con tan grande naturalidad, que don Alvaro hizo reir á sus oyentes.

—Pues bien,—continuó diciendo,—con todo esto, y á pesar de todo esto, mi ilustre suegro D. Pedro Roca de Togores, no me quiere para yerno. ¿Podéis ni aun imaginaros la causa, contando como cuento con la correspondencia de su bella hija Leonor?

—Si tú no has descubierto...

—No á fe, pues lo que por ahí me dicen los maldicientes, á creerlo me resisto.

—¿Y qué es ello?

—Para poder responderte, necesito en primer lugar encomendarme á toda la indulgencia, por grande que sea, de esta dama, esposa tuya. Tuve hace años, señora, una punible debilidad: la de enamorarme como un loco de una mujer casada. Viviamos en la isla y era yo paje de D. Diego de Velázquez. Rico, y distinguido con su particular aprecio, ni yo ambicionaba entonces guerreras aventuras, ni el gobernador quiso consentir que formase parte de la armada que al mando de Cortés se hizo á la vela con rumbo á las costas de estos reinos: quiso mi infausta suerte, que, presenciando el embarque de Gonzalo, topárame yo en la playa con el interesante grupo que formaban abrazados y vertiendo abundoso llanto un hombre y una mujer. Compadecido de su dolor, observélos con el mayor interés; á vuelta de muchas protestas de amor y fidelidad, el hombre se desenlazó de los brazos de su esposa y tomó la lancha que le condujo á bordo de las naves de D. Hernando.

La mujer permaneció en la playa hasta que el horizonte quedó limpio de la última vela, y regresó á la ciudad sin que durante las horas transcurridas hasta entonces yo hubiese apartado de ella la vista. Mal haría en negarlo; amaba yo á aquella mujer con todo el calor de mi juventud: su belleza era entonces tan arrebatadora y firme, que aun día sólo la vuestra, señora, podría competir con la suya: en cuanto á su donosura y gracia, básteos saber que había nacido en Sevilla, y en la ciudad de la Giralda y de San Fernando no hay mujer en la cual Dios no se haya recreado llenándola de perfecciones.

Necesitaba que me amase y en ello puse entera toda mi solicitud: el diablo, que es el mayor enemigo de los hombres y de las mujeres, quiso, en mala hora, que ella se mostrase tan infiel para con su esposo, como yo indigno de mí mismo, que siempre hice gala y con justicia, hasta entónces, de honrado y caballero. Aquellas criminales relaciones duraron lo bastante para que yo sintiéralas pesadas, y para que hastiado las rompiese. A mal hubo de tomarlo ella, y cuando pudo convencerse de mi indiferencia y desamor, tornó su pasión en odio y ante nada se detuvo para satisfacer su encono. Caí yo de la gracia de Velázquez, y porque éste me despachó, y porque yo de ambos huía con gusto, dejé la isla y víneme á estos reinos. Paraíso fueran de mi dicha, si poco después de haber entrado en relaciones con la hermosa D.^a Leonor de Togores, no se me hubiese aparecido en la senda de mi felicidad la heroína de mi aventura. Su marido habíala hecho venir de la isla. Una breve-explicación que tuvimos la convenció, no de que yo no la amaba, sino de algo que la ofendió más todavía, de que amaba á Leonor. Me retó á la lucha, yo le ofrecí aceptarla con todas sus consecuencias, y á las primeras de cuentas me entré con escándalo y terror de que el buen D. Pedro Roca de Togores amaba á la temible sevillana. Poco después comenzaron mis penas; D. Pedro me manifestó terminantemente que su casa quedaba cerrada para mí, y que mejor casaría á su hija con un negro, que consentir en que yo la hiciera mi esposa. Y aquí es donde entran en plaza los maldicientes, asegurándome que la sevillana es quien tan mala partida me ha jugado. Si tal cosa fuese cierta, vive Dios, que mi causa ni la extremaunción la salva, porque si esto hizo la sevillana á la vista de

su marido, ¿qué no podrá hacer hoy que su buen esposo se encuentra con Cortés fuera de México y camino de las Hibueras?

—Pues qué, ¿se confirma que D. Hernando á las Hibueras es á donde se dirige?

—Al menos todo México lo repite, con fundadas presunciones de acierto.

—¿Y por qué creer á todo México, si él dijo que sólo á Goatzacoalcos iba? ¿Acaso la palabra de D. Hernando no vale más que todas las presunciones juntas?

—En verdad que sí, pero D. Hernando á nadie dió palabra alguna: requerido por los oficiales reales en nombre del emperador, para que desistiese de su expedición á las Hibueras, cortó como mejor pudo el proceso que había empezado á formarsele: los medios de que para ello pueda haberse valido no son de nuestra competencia, y si algún engaño en ellos hubo, ardid de guerra fué, lícito en la que le hacen los oficiales reales desde su llegada á este país.

Bien sabéis que le acusan de ladrón y asesino de Garay; que se le imputa haber hurtado trescientos cuatro millones de reales de á ocho, sin contar el tesoro de Moctezuma, que dicen tiene soterrado en trescientas cuatro partes; que se ha adjudicado treinta y siete ó cuarenta provincias de este vastísimo reino, y entre ellas alguna tan extendida como la Andalucía; que esta es la causa porque ha juntado tanto oro cuanto no ha poseído príncipe alguno. Por último, han avisado al rey que las fuerzas navales que alista en el mar del Sur, no son para descubrir las islas de la Especería, como él dice, sino para huirse á Francia en cualquier revés; que no contenta con la artillería que tiene á su disposición, hace fundir

más cañones; que no guarda respeto á los mandatos del emperador, pues siempre que se trata del aumento de la Real Hacienda, se opone á ello; que en los repartimientos ha obrado con injusticia, y que la muerte de Francisco de Garay fué obra de Cortés, como quedará probado si el emperador envía para averiguarlo un juez pesquisidor. Todas estas acusaciones, se sabe las han hecho, por más que han procurado tenerlo oculto y en secreto, y ya nadie ignora que con el fin de influir sobre el emperador, han enviado á la corte á Samaniego, persona de su confianza (1). De haber seguido en México el conquistador, la insolencia de esos enconosos oficiales reales, hubiérale orillado á tomar de ellos una ejemplar venganza y el prestigio de la Majestad á la cual representan habria en ello padecido, falta que D. Hernando es incapaz de cometer. Por eso sin duda se ha apresurado á salir de la capital, y si de Goatzacoalcos se dirige á las Hibueras, razón y causa sobradas tiene para hacerlo, pues como él mismo ha dicho á los oficiales «preciso es hacer un escarmiento en estos principios, para freno de tantos españoles como tiene empleados en todas estas provincias, pues las faltas de fidelidad de unos, cuando no se castigan hacen á todos infieles.»

(1) El P. Andrés Cavo.

Capítulo III

Antecedentes

DON Luis y sus dos hijos habían escuchado sin pesatañear, como vulgarmente se dice, la entusiasta y razonada defensa de la conducta de Hernán Cortés, hecha por D. Alvaro.

Todo era cierto.

El interés de saber á punto fijo la inversión que el conquistador había dado á los grandes tesoros que se suponía había hallado en el país, y la necesidad que tenía de que se le enviase cuanto oro y plata pudieran juntarse, por hallarse exhausto el erario español con las grandes guerras europeas sostenidas por Carlos V, obligaron á éste á instituir en México el Tribunal de cuentas, enviando á él á Alonso de Estrada, tesorero; Rodrigo de Albornoz, contador; Gonzalo de Salazar, factor; y Peralmindez Chirinos, veedor.

La exageración con que los mismos conquistadores, entusiasmados con sus épicas hazañas, habían ponderado las maravillas de la naturaleza y la riqueza del país,

al grado de haber dicho que la antigua Tenochtitlán estaba formada por edificios de plata, hizo creer á cuantos tan fantásticas relaciones escuchaban, que el oro se hallaba á montones en estas felices comarcas.

Tal creencia que por muchos años se mantuvo en el círculo inmenso de los codiciosos é ignorantes, fué tan general, que ni aun las personas medianamente ilustradas pudieron sustraerse á su influencia.

Esto pasó á los oficiales reales del Tribunal, y al verse decepcionados, por no dar su brazo á torcer y buscando sobre todo en quien vengarse, como si Cortés fuera la causa de sus desengaños ó les suspendiera la posesión de tales tesoros, no tuvieron otro desquite que escribir en cifra al emperador contra su conducta, y dar por hecho que Cortés de todo se había apoderado y creándose una inmensa y fabulosa fortuna.

Todo el empeño de dichos oficiales reales era dilatar su jurisdicción y restringir la de Cortés; pero éste, que era bien sagaz, los comprendió luego y así, acomodándose al tiempo, tomó sus medidas para lo futuro (1).

Para defenderse contra los manejos de sus enemigos y aconsejarse en el gobierno y responder á las consultas que se le ofrecían, fué de grande utilidad á D. Hernando la llegada á México del Licenciado Zuazo, que procedente de Cuba acudió á visitarle, habiéndose estado á punto de perecer en su viaje, pues naufragó en una isla desierta á la cual envió Cortés á recogerle una embarcación que le trasladó á Veracruz.

La llegada de Zuazo, á quien nombró su asesor y era

(1) El P. Andrés Cavo.

su antiguo y buen amigo, casi coincidió con la noticia que tuvo de haber desembarcado en el río de las Palmas y mandando una fuerte armada el comandante Garay, amigo de Velázquez, con el fin de echarlo de México.

Celoso de su autoridad, Cortés levantó en el acto sus fuerzas para salir á combatirle, cuando supo que la gente de Garay, cediendo á los consejos de los soldados conquistadores, habíase desbandado de su jefe y abrazado su partido, quedando Garay en tan comprometida situación que su único recurso fué encomendarse á la hidalguía de D. Hernando por mediación de Zuazo.

Mostróse el héroe como quien era y no sólo acogió á Garay con los brazos abiertos sino que aun le prometió una hija suya para un su hijo, lo cual no llegó á tener efecto porque Garay murió de una pulmonía que tomó al salir con Cortés de la iglesia mayor, donde había asistido á los máitines de la Noche buena.

Esta muerte casual fué atribuida por los malquerientes de Cortés á que éste le había envenenado, y así, como digimos, lo comunicaron al emperador los oficiales del Tribunal.

Nada de esto ignoraba Cortés, pero contando como contaba en la corte con buenos amigos y con su mismo padre D. Martín, escribió al emperador buscando el modo de ponerse en bien con él y á sus cartas reunió ricos presentes de joyas, perlas, y más de sesenta mil castellanos de oro, con una culebrina de plata, acaso la primera que se había vaciado de aquel metal en el mundo (1), cuya materia valía veinticinco mil quinientos pesos de oro y la hechura tres mil.

(1) Carta de Cortés al emperador.

Tenia de relieve un Fénix con este terceto (1):

Aquesta nació sin par;
Yo en serviros, sin segundo;
Vos, sin igual en el mundo.

El encargado de conducir las cartas y estos regalos lo fué el conquistador Diego de Soto, que llevó consigo un hijo menor de Moctezuma, que Carlos V acogió con benignidad y lo envió á educar al convento de dominicanos de Talavera (2).

Cortés para evitar en lo posible desagradables contestaciones con los oficiales reales, pues decidido estaba á castigar severamente á Cristóbal de Olid que habíase sustraído á su autoridad después de conquistar fácilmente las Hibueras, dijo en efecto que sólo á Goatzacoalcos iba, y les halagó dándoles repartimientos, contra las órdenes del emperador, y ofreciéndoles encomendarles el gobierno mientras él permaneciese fuera de México.

Dió más apariencia de verdad á su dicho, enviando á las Hibueras con amplísimos poderes á Francisco de las Casas, para que viera de asegurarse de la persona de Olid.

Con esto nadie dudó que Cortés no se alejaría más de las sesenta leguas que distaba Goatzacoalcos.

Así pues, encomendó á su primo Rodrigo de Paz el cuidado de su casa y hacienda, nombrándole además regidor y alguacil mayor.

A Francisco Solís hizo capitán de artillería y comandante de las *Atarazanas* ó arenas, que era el lugar

(1) Gomara.

(2) El P. Andrés Cavo.

donde estaban guardados los bergantines y depositada la artillería y municiones.

Designó para gobernadores al tesorero Alonso de Zuazo y al contador Rodrigo de Albornoz, al cual quiso en un principio llevarse á su expedición, no habiéndolo hecho porque al estarse disponiendo la marcha cayó enfermo.

Sabiendo como sabía que los más inquietos y revoltosos de los oficiales eran el factor Gonzalo de Salazar, y el veedor Peralmíndez Chirinos, resolvió llevarlos consigo, á lo cual uno y otro sometieron de muy mala gana, no cesando durante todo el viaje de molestar á Cortés solicitando de él permiso para regresar.

El conquistador, temeroso de que la presencia en México de los príncipes aztecas, y los abusos de los encomenderos y su ausencia pudieren favorecer una rebelión de los indios, se hizo acompañar á Goatzacoalcos por Cuauthemoc, el rey de Texcoco, el de Tlacopán, el de Atzacotalco, el valeroso Xihualcoalt y otros príncipes y nobles indígenas.

No fueron vanos hasta cierto punto sus temores, pues hallándose en el repetido lugar, recibió pliegos del Ayuntamiento de México noticiándole que por el fútil pretexto de si convenía ó no poner un nuevo alguacil habían tenido una fuerte reyerta el tesorero Estrada y el contador Albornoz, antiguos enemigos, y perdido el respeto á las casas de cabildo, sacando á relucir las espadas.

Cortés hubiérase trasladado inmediatamente á México si á la vez que de esto se enteraba no le hubiera llegado la fatal nueva de haber sido preso por Olid su apoderado Francisco de las Casas, hecho que bien á las claras confirmaba los rebeldes intentos del conquistador de las Hibueras.

Poseído por la cólera y atento sólo á aplicarle el con- digno castigo, todo lo pospuso Cortés á la satisfacción de su venganza, y cediendo á las sugerencias de Salazar y Chirinos, los envió á la capital, asociándolos al gobierno y dándoles por escrito autoridad bastante para procesar á Estrada y Albornoz en caso de que á su llegada no hubiesen hecho á un lado sus escandalosos resentimientos.

Una vez esto dispuesto, Cortés no se detuvo en Goatza-coalcos más que el tiempo necesario para reunir el mayor número de gente que le fué dable, y partió para las Hibueras en busca de Olid, dispuesto á hacer caer sobre él todo el peso de su justicia.

El camino que había de recorrer era largo y lleno de peligros, pero ¿qué inconvenientes podían ser ni la distancia ni el riesgo para quien como él había vencido tantos, en la sin par conquista del gran imperio de Moctezuma?

Todo esto lo sabía el joven D. Alvaro, á quien al final del anterior capítulo dejamos conversando con la familia de su buen amigo Gonzalo.

Y lo sabía porque dos horas antes de la señalada para la colación á la cual había sido invitado, había visto llegar á México al factor Gonzalo de Salazar y al veedor Peralmindez Chirinos.

Llevado por la curiosidad y usando de los privilegios que su nobleza y opulencia le daban, D. Alvaro se acercó á los recién llegados á darles la bienvenida y ellos le admitieron con gusto en su compañía, mientras llegaban á su alojamiento, tanto más cuanto que aprovecharon el encuentro para enterarse por medio del noble joven de lo que en la capital estuviere pasando.

Salazar y Chirinos no demostraron satisfacción al saber

por D. Alvaro que la reyerta de Estrada y Albornoz había terminado pacíficamente y que si ambos no eran ni podían ser buenos amigos, al menos trataban de hacerse pasar por tales.

Y era que aquellos dos funestos hombres pensaban aprovechar la enemistad del tesorero y contador, para nulificarlos y hacerse los dueños absolutos del gobierno, y realizar sus ensueños de opulencia, aunque para ello hubieran de hacer pesar, como lo hicieron, la más bárbara, inexplicable y estúpida tiranía.

Bien los conocía D. Alvaro y no dejó de prever que grandes cosas se preparaban, pero no por eso sufrió quebranto alguno el natural buen humor con que llegar le vimos á casa de Gonzalo.

Volvamos á reunirnos con ellos.

Capítulo IV

La obra de las misioneros

NODAVÍA no acababan de quitar los criados la mesa en que había sido servida la colación, cuando dos fuertes aldabonazos dados en la puerta del zaguán obligaron á uno de ellos á salir á abrirla.

Sin duda Gonzalo y su familia sabían de antemano quién pudiera ser el visitante, pues ninguna extrañeza mostraron al oír los aldabonazos, á pesar de lo avanzado de la hora, que era próximamente la de las nueve.

En aquellos días y en la antigua México, á las nueve de la noche había más calma y silencio en la ciudad que al presente á las cuatro de la madrugada.

D. Luis, sus hijos y D. Álvaro levantáronse de sus asientos y se dirigieron á la puerta de la sala á recibir al recién llegado.

Era éste un lego del hábito de San Francisco, extremadamente joven, de noble y dulce semblante, que á las claras revelaba un alma de una inocencia infantil y de una bondad ilimitada.

Su cabeza pequeña y escultóricamente perfecta parecía aún más chica entre los amplios pliegues de su capucha gris que hacía resaltar la blancura sonrosada de aquel rostro cuyas líneas acusaban una inteligencia verdaderamente privilegiada.

La mirada de sus ojos tenía no sé qué de majestuoso y digno y en sus labios pequeños y delgados parecía estereotipada una suave sonrisa verdaderamente encantadora.

Sus manos largas y delgadas, signo de nobleza y distinción, se pe'dían entre las anchas mangas del hábito: sus piés desnudos y pequeños calzados con humildes sandalias, parecíanlo, por lo bien hechos, de alguna ilustre dama: su estatura era baja y su andar suelto, seguro y reposado.

—Sed bien venido, Fray Pedro,—dijole Maria tomándole una mano y besándose la.

—Dios te bendiga, hija mía. Dios sea con vosotros hermanos míos,—contestó el lego con voz melodiosa y suave.

Después de ofrecer al lego el mejor asiento que en la sala hubo y de cumplir con todas las atenciones á que el recién llegado tenía derecho, la conversación volvió á reanudarse, diciéndole D. Luis:

—Habéis tardado, Fray Pedro, más que lo de costumbre.

—Así es la verdad, pero es lo cierto que ando tan desasegado y fuera por así decirlo de mi centro, que excepción hecha de mis deberes para con Dios, todos los demás, aun los de amistad, los olvido.

—Lo comprendo,—observó D. Luis,—echáis de menos al venerable Fray Juan de Tecto, á quien D. Her-

nando suplicó le acompañara á su expedición de las Hibueras.

—Así es la verdad, se me hace muy difícil vivir sin él, y si no hubiera sido porque en mí á todo se sobrepone el amor que tengo á mis indios, habriale acompañado.

—Continuáis contento con ellos, ¿no es cierto?

—Mucho, muy contento: están estos naturales dotados de ingenios tan agudos y tan superiores, que hacen dulce y agradable el improbo trabajo que para enseñarlos tenemos, no por su culpa, sino por la falta de conocimiento que tenemos de sus idiomas. Pero lo mismo en la escuela de Texcoco, que yo he fundado y ha sido la primera que en América ha existido, como en los aposentos y piezas que he levantado en las inmediaciones de mi capilla del Sr. San José, y en las cuales he establecido varios talleres, he visto premiados mis afanes con la facilidad y perfección con que aprenden todo lo poco que yo he podido enseñarles. Por eso mismo me duele tanto más el trato brutal que les dan estos desnaturalizados encomenderos, que, á seguir como van, no habrá de pasar mucho tiempo sin que dejen despobladas estas comarcas.

—De algo de eso nos ocupábamos cuando vos, Fray Pedro, entrasteis,—dijo D. Alvaro,—y nos lamentábamos de que por querer defender á los naturales seáis blanco de las iras de quienes así los maltratan.

—Iras que el Señor sólo sabe dónde habrán de conducirnos. Tres fuimos los que, al saber que D. Hernando con otros españoles habían descubierto y conquistado un nuevo mundo en la región que llamaban Indias, lleno de gente idólatra y que deseaban ministros para conver-

tirlas á la fe, llegamos á México en 1523. El mismo emperador nos envió á estas partes á su paso por Gante, de cuyo convento era guardian Fray Juan de Tecto, que en la actualidad acompaña á D. Hernando. ¿Cómo no habré de extrañarle, si lumbrera fué de la Universidad de París, donde enseñó teología, y por su ciencia y virtud mereció ser confesor del emperador?... ¿Cómo no extrañarle cuando el otro nuestro compañero Fray Juan de Aaora, con nosotros salido de Gante, pagó ya el tributo á la naturaleza muriendo en el Señor, al peso de las rudas tareas que se impuso con cristiana fe y á despecho de su grande ancianidad?... Sólo he venido á quedar yo, el más humilde é inútil de los tres, si bien como no soy sacerdote he tenido más tiempo y oportunidad para convertir idólatras y enseñar á los muchachos á escribir y contar. Pero Dios sea loado, que ha tenido á bien enviar á estos reinos á Fray Martín de Valencia y á los once franciscanos que le han acompañado. Harta tarea les queda por hacer y pocos somos todos para llenar como debemos nuestro cometido, teniendo como tenemos de enemigos á los mismos españoles.

Fray Pedro de Gante, que, como habrán comprendido nuestros lectores, era quien hablaba, se interrumpió en su plática con grande interés escuchada por la familia de D. Luis.

En efecto, desde el día 13 de Mayo de 1524, en que habian desembarcado en San Juan de Ulúa, doce religiosos de San Francisco se encontraban en el país conquistado por Cortés.

Su llegada á la capital fué el 12 de Junio.

En el siguiente día 13, que lo era de San Antonio, se cantó la primera misa solemne.

Cortés con todos los conquistadores salió á recibirlos hasta Texcoco, y al encontrarse con aquellos humildes franciscanos, que habian hecho á pié todo el camino, se postró en tierra de rodillas y les besó las manos con gran admiración de los indios, que veían humillarse al gran soldado ante unos hombres al parecer de tan humilde condición.

Fray Martín de Valencia era no obstante el delegado de la Santa Sede para predicar el Evangelio en el nuevo país.

Sus bulas le acreditaban custodio de la Nueva-España.

Los nombres de los once misioneros que le acompañaron fueron los siguientes:

Sacerdotes.—Fray Francisco de Soto.

» — » Martín de la Coruña.

» — » Juan Juarez.

» — » Antonio de Ciudad Rodrigo.

» — » Toribio de Benavente.

» — » García de Cisneros.

» — » Luis de Fuensalida.

» — » Juan de Rivas.

» — » Francisco Jimenez.

Legos. — » Andrés de Córdova.

» — » Juan de Palos.

Los primeros religiosos autorizados por la Santa Sede para formar una misión con que pasar á Nueva España lo fueron Fray Juan Clapión y Fray Francisco de los Angeles.

El primero era flamenco y confesor de Carlos V, y el segundo español y hermano del conde de Luna.

De Roma se trasladaron á España, y hallándose en ella murió Fray Clapión, y Fray Francisco de los Angeles fué elegido general de la orden de los Franciscanos.

Este nombramiento le impidió embarcarse para América y á la vez le facultó para nombrar á Fray Martín de Valencia, provincial que á la sazón era de la provincia de San Gabriel, custodio de la misión de Nueva España.

El 25 de Enero de 1524 el padre custodio y sus once religiosos se embarcaron en Sanlúcar de Barrameda para trasladarse al Nuevo Mundo.

A su tránsito por Tlaxcala (1) se detuvieron algunos días en aquella ciudad, entonces tan populosa, y admirados del gran concurso de gente que se reunió en la plaza el día del mercado, quisieron comenzar sus apostólicas tareas, y para dar á entender de alguna manera á los indios el objeto de su viaje, les mostraban con la mano el cielo, significándoles que habian venido para enseñarles el camino para ir á él.

«Los indios admirados se preguntaban unos á otros:

»¿Qué hombres son estos tan extraños?

»¿Qué género de traje es el que visten?

»Y repitiendo la palabra Motolinia, que significa pobreza, por ser lo que más llamaba su atención en los recién venidos, hicieron fijar en ella la de los religiosos, que preguntaron su significación á los españoles que habian adquirido ya algún conocimiento en el idioma, y entendida ésta, uno de los misioneros, Fray Toribio de Benavente, exclamó:

«Ese será mi nombre por toda mi vida, y de allí en adelante no se llamó más que Fray Toribio Motolinia.»

(1) D. Lucas Alamán.

Después del acto de humildad que dejó referido y tuvo Cortés, arrodillándose ante los religiosos y besándoles las manos, dirigió un discurso á los admirados indios, explicándoles lo que aquellos varones eran como ministros del único y verdadero Dios, y les recomendó que siempre los trataran como á verdaderos padres y con el respeto y acatamiento con que él públicamente los había á su vista tratado.

De Texcoco D. Hernando con lucido acompañamiento de sus más ilustres capitanes, condujo á México á los padres misioneros que llevaban todos ellos cruces de madera en las manos.

Para la construcción de su iglesia y convento se les asignó el terreno necesario en la calle que después se llamó de Santa Teresa, acera que mira al Sur, pasada la casa de Alonso de Ávila, que ocupó la esquina de dicha calle de Santa Teresa y de la del Relox.

Pero pareciendo á los religiosos (1) que aquel lugar estaba demasiado metido en la parte de la ciudad que habitaban los españoles, dispusieron trasladar su convento á la calle que después tomó su nombre, levantándole en el lugar que había ocupado el jardín y casa de fieras de Moctezuma.

Su objeto fué estar más cerca de los indios que habitaban de preferencia aquella parte de la ciudad, más próxima á la traza.

Fray Martín de Valencia fué reelegido por prelado en el capítulo que celebró en México con sus once misioneros y los memorables Fray Juan de Tecto, Fray Juan de Aora y Fray Pedro de Gante.

1) Fray Juan de Torquemada.

La dificultad que para cumplir su misión les presentaba la ignorancia en que estaban del idioma mexicano, no les arredró ni en lo más mínimo, y desde luego se dedicaron á dominarla entregándose al más ímprobo trabajo imaginable.

Obtuvieron del conquistador que se obligase á los nobles y caciques á enviar á sus hijos pequeños á las escuelas de los frailes.

La orden fue dada, pero no resignándose los nobles á desprenderse de sus hijos, ni menos á entregarlos á los misioneros para que los instruyesen en la religión del enemigo, recurrieron á la superchería de enviar como suyos los hijos de sus criados.

Esto lo atribuyó el Padre Torquemada á disposición de Dios, que quiso por este medio que cesase el señorío que tan tiránicamente ejercían sobre sus vasallos, los cuales, instruidos por los misioneros, vinieron á ser en lo sucesivo los que gobernaron á sus pueblos.

Reunidos los niños de los naturales, los franciscanos mezclábanse en sus juegos; entraban en intimidad con ellos, procuraban fijarse en las voces aztecas é indagando su significado, formaban con las palabras y su traducción unas listas que al llegar la noche confrontaban entre sí.

Así fueron poco á poco haciéndose del idioma azteca sin que les arredrase la lentitud de su extraordinaria conquista.

Pero Dios veía sus afanes y su santa intención, y premió los unos y la otra con una providencial ayuda.

Habitaba en México una viuda española con dos hijos pequeños, que en íntima relación infantil con los muchachos indios, habían llegado á aprender con natural facilidad el idioma de sus compañeros.

Lo supieron los frailes, y por influencias de D. Hernando lograron que la viuda les diese uno de sus hijos para que les sirviese de maestro, á lo cual el niño se prestó con la mejor voluntad.

Muchos años después aquel niño, hecho hombre, tomó el hábito de San Francisco y se llamó Fray Alonso de Molina.

¿Qué ejemplos tan admirables de constancia y dedicación!

¿Pero cuál ha sido el imposible que no haya vencido la fe cristiana?

¿Quién ha puesto límite á sus conquistas, ni valla á su increado ingenio?

Bien es verdad que así lo quiso el mismo Jesús transmitiendo á su Iglesia su sobrenatural poder para obrar maravillas.

Así lo dice un libro admirable entre todos los libros, que se llama el Evangelio.

Dice San Juan, que concluida la última cena Jesús salió con sus discípulos confortándoles con su divina palabra.

Todos ellos presentían la inminencia de la catástrofe de la cual iba á surgir entre las sombras del Calvario la redención del género humano.

Acaba el Señor de restaurar y renovar el precepto de la mutua caridad, imponiéndosele como la señal mejor para reconocerse entre sí.

«Un nuevo mandamiento os doy: Que os améis los unos á los otros como yo os he amado: Que os améis unos á otros.»

«En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en que os améis unos á otros.»

Había después predicho que Pedro le negaría tres veces, y la solemnidad de aquellos supremos instantes pesaba sobre el ánimo de sus apóstoles, entristeciéndoles y contristándoles.

Jesús necesitó decirles.

«No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí.

»El que me vé á mí vé también á mi Padre.

»Las palabras que yo os hablo no os lo digo por mí mismo, sino que el Padre que está en mí, éste hace mis obras.

»¿No creéis que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?

»Creedlo á lo menos por las mismas obras. En verdad, en verdad os digo: *El que cree en mí, hará también las obras que yo hago y las hará mayores que ellas.*

»Y haré todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.

»Si me pidieréis alguna cosa en mi nombre, la haré (1).»

¿Cómo no habían de hacer lo que hicieron aquellos memorables misioneros si en nombre de Jesucristo y para su servicio y mayor gloria habíanlo acometido?

El prodigio realizado por ellos no podía haber dejado de realizarse.

Jesucristo lo había dicho:

«El que cree en mí hará también las obras que yo hago y las hará mayores que ellas.»

(1) Evangelio de San Juan, capítulos 13 y 14.